

¿Evolucionismo de la especie humana?

Desde hace años, he sentido irresistible simpatía por las doctrinas evolucionistas. Influye en ello hasta un sentimiento católico toda vez que considero más beneficioso y saludable para nuestra Religión, el que adoptemos los cristianos posiciones de elasticidad y amplitud (en aquellas materias que en nada afecta al Dogma), que no esas posturas intransigentes y herméticas tan frecuentemente dañinas a la verdad.

Es cierto que sobre el origen del hombre aún no está dicha la última palabra. La teoría más profusamente difundida por los núcleos católicos, continúa siendo la de la creación directa y espontánea, según lo expresa el capítulo primero del Génesis. Recuerdo a este respecto un ensayo del Dr. García, que adquirí en el cine San Carlos, de Madrid, a la salida de una conferencia; en líneas generales venía a decir que el hombre, por tratarse de la más noble criatura del Universo, fué objeto de una creación directa y especialísima por parte del Hacedor; después, y una vez arrojado del Paraíso, en lucha con el ambiente prehistórico (desde la caza del mamut a la vida en las cavernas) adoptó su cuerpo, paulatinamente, aquella contextura tan sospechosa del «Hombre de Neandertal».

Vemos, pues, que la doctrina tradicional no está desprovista de seria argumentación ni de bello atractivo. No obstante, esto no es óbice (ni puede serlo) para que gran número de investigadores cristianos e incluso sacerdotes científicos sean decididos partidarios de la tesis evolucionista; veamos lo que dice el profesor y sacerdote católico Hugo Obermaier: «Si creemos en una evolución en el sentido de la teoría de las mutaciones, es decir, del sistema de cambios repentinos y decisivos tal como la investigación biológica moderna ha podido comprobar reiteradas veces en plantas o animales» (Hombre fósil, pág. 59). Sin embargo, las últimas investigaciones paleontológicas, ha superado aún el criterio de Obermaier, aproximándose más a la evolución lenta, muy emparentada con la doctrina darwiniana.

En este pequeño estudio vamos a

ceñirnos exclusivamente al hombre prehistórico europeo, y más concretamente a los descubrimientos preneandertaleses. No es Europa demasiado rica en hallazgos antropológicos de auténtico valor evolucionista, pero tengamos en cuenta que tampoco es, ciertamente, la cuna de la humanidad. El P. José María de Rianza, S. J., en su obra «El Comienzo del Mundo», dice así: «Europa Occidental no viene a ser más que una punta avanzada de Eurasia, una especie de callejón sin salida donde quedaban detenidas, sin poder seguir adelante, las oleadas sucesivas de razas humanas que llegaban del interior del gran continente euroasiático». De ahí, que los famosos Pithecanthropus y más concretamente los Sinanthropus Pekinensis y los Australopithecus Africanus favorezcan mucho más a la tesis evolucionista que los clásicos descubrimientos europeos.

Desde luego, si ocurriera un hallazgo casual, parecido al de los célebres mamuts siberianos, resolvería importantes interrogantes. El profesor de Antropología de Wisconsin, W Howells, escribe: «No nos está, sin embargo, prohibida la esperanza de encontrar algún día, en el fondo de un pantano, en una zona siempre helada (como Siberia), la víctima de un accidente sobrevenido durante el período glacial, y de encontrarla en un estado de conservación tan perfecto como el de los famosos mamuts». Ahora bien, hasta que esto suceda, debemos contentarnos con los materiales que actualmente poseemos, que a decir verdad, y después, sobre todo, del descubrimiento del Oreopithecus de Toscana, no son nada desdeñables.

En Europa debemos comenzar nuestro ensayo por el hombre de Neandertal, ya que ni el de Grimaldi ni el de Cro-magnon merecen interés en este aspecto, por tratarse de «Homo sapiens» completamente evolucionados. El tipo Neandertal, ha sido estudiado con bastante perfección. Desde los famosos descubrimientos acaecidos en el valle Neander y que culminaron en 1908 con el hallazgo del célebre esqueleto de La Chapelle-aux-Saint hasta el momento actual, existen más de cien

tipos neandertaleses procedentes de diversos lugares: Gibraltar, Francia, Bélgica, Alemania, Hungría, Italia, etc.

Casi todos los antropólogos coinciden en presentarnos a este antepasado con las mismas características: Cuerpo achaparrado, piernas cortas y arqueadas, siendo su forma de andar parecida a la de los grandes primates; mano corta y ancha; cuello pequeño; cabeza voluminosa; cráneo aplastado; frente huidiza; occipucio saliente; maxilar superior ahocicado; mandíbula inferior robusta con mentón recogido. La construcción pictórica que de él hace Kupka, da a este ser prehistórico un carácter feroz.

A pesar de estos rasgos animaloides, es cierto que predomina el criterio de que el «Hombre de Neandertal» es un auténtico «Homo sapiens», hasta el punto de proponer Mayr que en el campo de la ciencia antropológica se mire al Neandertal y al hombre actual como pertenecientes al mismo grupo. Tanto Mayr como Steward, sólo ven en el tipo Neandertal, comparado con el hombre actual, diferencias raciales. A pesar de ello, y para nosotros, continúa llena de prudencia y de sentido práctico la opinión a este respecto de Hugo Obermaier: «No sería científico negarles la facultad de un lenguaje articulado o de manifestaciones psíquicas; pero no se puede negar tampoco que son seres humanos de constitución primitiva y que presentan indiscutibles rasgos de tipo inferior, es decir, animales.

El más fehaciente documento científico pre-neandertalense, es sin duda la mandíbula de Mauer. Este magnífico fósil que dió lugar al «Hombre Heidelbergense», es posiblemente el hallazgo que más se aproxima a los albores de la humanidad. El descubrimiento tuvo lugar en 1907, en el pueblo de Mauer, a 10 km. de Heidelberg, y se trata de una mandíbula inferior de grandes dimensiones y extraordinario grosor. Las ramas ascendentes son de enorme anchura y carece totalmente de mentón. No obstante, su indiscutible e incuestionable origen humano fuera de toda sospecha, presenta alguna analogía con los monos antropomorfos.

De 1911 a 1915, tuvieron lugar los